

PARAJES DELEITOSOS PAISAJE, MESA Y EVOCACIÓN POÉTICA: RUEDOS, CHACRAS Y HUERTOS

por

Pedro A. Cantero¹

Resumen: Propongo una serie de reflexiones cruzadas con evocaciones y fotografías. A modo de un diálogo entre razonamiento y sus propias sombras². Me hubiera gustado hacerlo al modo del maestro Heidegger en “La experiencia del pensamiento” (*Aus der Erfahrung des Denkens*). Alternando reflexiones impresas en letra romana común y, en cursiva, notas sobre instantes, paisajes... que evocan apetencia. Esa fue mi intención, obligar a detenerse, al modo del paseante ante lo que se le ofrece a los sentidos.

Palabras clave: parajes; sentidos; huertos; mesa; deleite; nostalgia; paisaje; memoria; evocación.

Resumo: Proponho uma série de reflexões cruzadas com evocações e fotografias. Acontece a modo de um diálogo entre raciocínio e as suas próprias sombras. Teria querido fazer à maneira do mestre Heidegger em “Da experiência de Pensar” (*Aus de Erfahrung des Denkens*). Alternando reflexões impresas em letra romana comum e, em itálico, notas sobre instantes, paisagens... que evocam apetência. Essa foi a minha intenção, de obrigar a deter-se, tal passeante perante o que lhe proporcionam os sentidos.

Palavras-chave: paragens; sentidos; hortos; mesa; deleite; nostalgia; paisagem; memória; evocação.

¹ GISAP/UPO, Sevilla, pacanmar@gmail.com

² «Mi propuesta filosófica, [...] pretende someter la razón filosófica a un diálogo constante y continuo con sus propias sombras. No intenta ni pretende disolver nuestra inteligencia en lo irracional (en la locura, en la disolución de la identidad, en el pensamiento mítico o mágico, o en el mundo ético de las pasiones, o en las estéticas de lo siniestro, o en relación al ámbito de lo sagrado). Se trata, más bien, de favorecer un constante forcejeo entre la razón y esas sombras. Ese diálogo preserva el carácter crítico de la razón. Y en él la razón adquiere madurez y solvencia en virtud de esa prueba, o de ese experimento, consistente en abrirse a todo aquello que la reta, o que la asedia desde su propio extrarradio» (Eugenio Trías, “Razón y religión en el fin del milenio”, en *Revista Catalana de Teología*, 2000, vol. 25: 509).

I

«Je me risque à nouveau dans une fantaisie. Or cette fantaisie dans laquelle je plonge est peut-être plus sérieuse au fond qu'on ne pourrait le croire à première vue» (Françoise Héritier, Le Goût des mots, Paris, Odile Jacob, 2013: 9).

Mi propósito no es otro que el de merodear parajes en busca de lo que celan sin olvidar el consejo de Virgilio cuando en el primer libro de las Geórgicas aconseja:

*«Pero antes de romper el llano inculto,
estudia el viento, los cambios del cielo,
los cultivos y hábitos del lugar,
qué frutos da su tierra y cuales niega³».*

Existen parajes que invitan al deleite, con solo contemplarlos el ánimo se siente incitado al goce. La contemplación es hasta tal punto placentera que no cuenta el tiempo ni hay mayor premura que abandonarse a la plenitud que nos inspiran. Los monjes zen entienden que el encuentro fortuito con un elemento revelador de la naturaleza despeja la espesura interior y permite acceder a nuestro ser más hondo, a modo de una gracia, se nos revela nítido.

«El corazón discurre sobre estos campos. Lo llevan los ojos, los oídos, el olfato. Se hace sentido. Lo sabe, lo acecha todo, lo espera todo, se tiende sobre la tierra, se abriga entre dos surcos, pasa entre los olivos. La belleza es un vuelo. ¿Quién lo dijo? No se está quieta en las cosas y no se mueve de ellas. Dentro y fuera. ¿Cómo decirlo? Parece que somos pozos oscuros, hondos, donde nada llega. Y asomándonos, está todo. La loma, el peñascal, la vera, la zanja, la desazón, la felicidad acechadora, la alegría que apunta, la sombra cernida. ¡Ay corazón, lento y oscuro!» (J. A. Muñoz Rojas, Las cosas del campo, 2009: 29)

Como sostiene Bergson en *Matière et Mémoire*, la memoria del espíritu no pierde nada, cuanto percibimos queda celado y ella lo recrea libremente⁴, tal ráfagas

³ Versión de Nicolás Ramírez Moreno, Sevilla, Ediciones Ulises, 2017.

⁴ *«Ainsi, qu'on l'envisage dans le temps ou dans l'espace, la liberté paraît toujours pousser dans la nécessité des racines profondes et s'organiser intimement avec elle. L'esprit emprunte à la matière les perceptions d'où il tire sa nourriture, et les lui rend sous forme de mouvement, où il a imprimé sa liberté» (Paris, Alcan, 1929: 279).*

de intensa claridad que se nos presentan con la urgencia del pródigo retornado; epítomes de aquellos paraísos terrenales que se nos concedieron por un tiempo. En la literatura se dan numerosas muestras de esa recreación. Desde Proust a Joyce o Tanpinar encontramos ejemplos titánicos por hurgar en la memoria con la meticulosidad del abejorro taladrando su morada. Pero hay otros cuya punta emerge del inmenso iceberg del inconsciente, en imágenes fugaces que florecen al albur de un encuentro. El vergel fue una de las privilegiadas, por encerrar la felicidad pasada. La matria lejana de nuestra juventud.

«Llevaba un mes sin dormir en su propio hogar. Ante sus ojos apareció la imagen de aquella casa en la parte de atrás de Emirgân, con su jardín cerrado que recordaba a los patios de las antiguas medersas, con el balcón que abarcaba todo el paisaje desde Kandilli a Beykoz. De día, con el sol, el jardín se llenaba con los rumores de abejas y otros insectos. Tenía algunos frutales, un nogal, un castaño delante de la puerta, gran cantidad de flores cuyos nombres desconocía a los costados de la casa; la puerta interior daba a un pasillo estrecho y cubierto de cristal que en tiempos había sido invernadero. Allí había una amplia mesa central, un armarito de bebidas y un largo diván. La escalera era amplia» (Ahmet Hamdi Tanpinar, Paz, Madrid, Sexto piso, 2014: 89).

El goloso, presente en el paisaje la delectación. Gulusmeo luego existo. La boca como medida del universo. Los labios primero, por el capricho exigente de besar, el paladar después, como necesidad de asumirlo regaladamente. Paladear es más importante que alimentarse, es la forma imperiosa de comunión.

Recuerdo una estancia en Meudon, una mañana de estío, en casa de una amiga. Los ventanales se abrían al parque, de la cocina llegaba el olor a pan caliente y a café. Ève apareció con una bandeja en la que, junto a la blancura de la porcelana, destacaba una copa de cristal con jalea de flor de acacia. Aquel desayuno fue singular, sentí que el jardín ya no era un mero decorado sino que el mismo verano se deslizaba en mis adentros, me fecundaba.

II

El *Hortus conclusus* fue durante siglos realidad y metáfora, remanso de paz apartado del mundanal ruido, que ya Epicuro definía como lugar que propiciaba la ataraxia (libre la mente de pesares): «¡Forastero, aquí te hallarás bien, el placer es el bien supremo!»; y en el medievo cristiano, como imagen pictórica, estuvo asociado a la Virgen María. El huerto monacal fue, al mismo tiempo, lugar simbólico, espacio de labor y de distendimiento.



Fig 1: Hortus conclusus y Fons signatus (*Speculum humanae salvationis*) 1450⁵. Fotografía de PAC.

«El jardín es la parcela más pequeña del mundo y es por otro lado la totalidad del mundo. El jardín es, desde el fondo de la Antigüedad, una especie de heterotopía feliz y universalizante». (Michel Foucault, “Des espaces autres”, in *Architecture, Mouvements, Continuité*, n.º 5 (Octobre 1984⁶).

⁵ La Haya, Meermanno Koninklijke Bibliotheek.

⁶ Texte de la conférence dictée au: Cercle des études architecturales (14, mars, 1967).

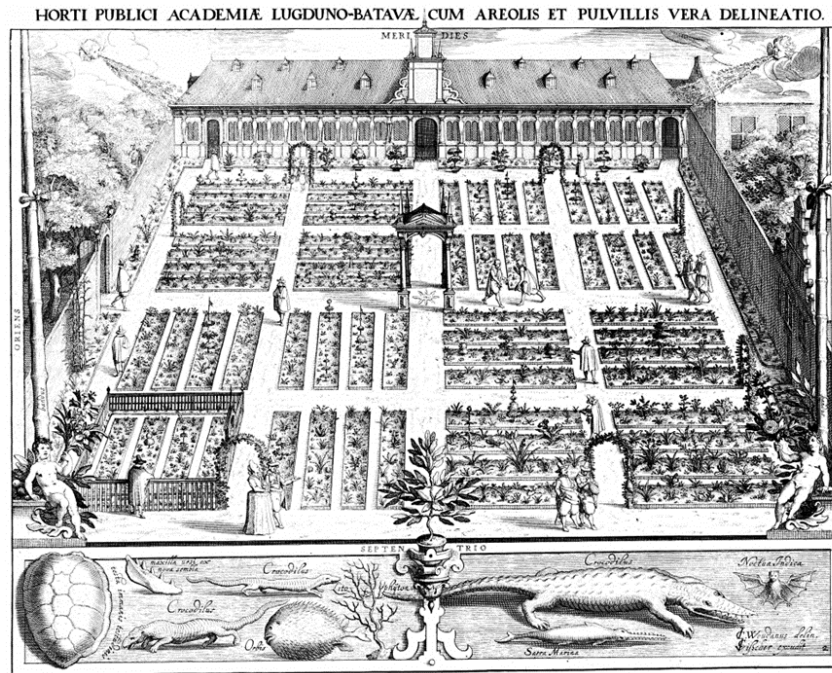


Fig 2: Jan Woudanus, Leiden 1610. Fotografía de PAC.

«Caminos,
Caminos del pensar, ellos mismos andantes,
evasivos. ¿cuándo regresarán de nuevo?
[...]
Caminos, ellos mismos andantes,
año abiertos, de súbito cerrados...
[...]
Y otra vez la penuria,
la oscuridad que titubea,
en la luz expectante».

(Martin Heidegger, “Pensando”,
en *Experiencias del pensar*, Madrid, Abada, 2014: 181).

«Si como sugiere Aristóteles, los hombres aspiran por naturaleza a la felicidad, parece lógico y razonable que busquemos un lugar donde hacer realidad ese íntimo anhelo de paz y dicha. Ese espacio idílico, edénico, a la par bello y saludable, eutópico, [...], no es otro que el jardín» (Santiago Beruete, *Jardinosofía*, Madrid, Turner, 2016: 26).



Fig 3: Hortus deliciarum, De Sphaera (Biblioteca Estense) s. XV. Fotografia de PAC.

En el monasterio de Santa Paula de Sevilla las monjas fabrican confituras y, sobre todo, jaleas que resumen el olor de Sevilla. Cernuda, al recordar los dulces conventuales, apunta que al morderlos se muerden los labios de un ángel, consumando el ensueño. Aquellas livianas golosinas me evocan la carnalidad misma de la ciudad. La imposible encarnación de un soplo, inalcanzable, evanescente al solo intento de retenerlo. ¿Cómo poder perpetuar la comunión? ¿Cómo paladear el espíritu y la carne? Con estas jaleas florales las monjas han captado lo que de la ciudad presienten, su aroma. Azahar, jazmín y rosa resumen el perfume de sus recoletos jardines. Azahar, rosa y jazmín asumen la esencia de la ciudad.

Llevarse a la boca esa piel delicada, cumple con aquel rito arcaico por el que cada lamido se convierte, más que en el lengüetazo del titán, en renovado misterio. Nos impregnamos no solo de la carne sino también del soplo. El alma de patios y plazuelas, de la cal y el albero, del ladrillo y la piedra, del olor y hasta de los mismos cuerpos de zagalones cándidos y muchachas despiertas.



Fig. 4: Manuel García Rodríguez, Compás del Convento de Santa Paula, Sevilla c. 1920-1925. Fotografía de PAC.

En Santa Ana de los ríos de Cuenca. el jardín del Carmen Viejo cumple un papel similar. Las monjas enclaustradas ofrecen a los viandantes un agua floral (agua de pítimas) que se vende al pie del monasterio frente al mercado de flores. Ataco, llantén, borraja, linaza, rosa, yerbabuena, escancel, violeta, pimpinela, clavel, cedrón, toronjil, hierba luisa... Dicen que es buena para el Susto. En verdad, se acude al refrigerio por si el diantre... con el fin de alimentar cuerpo y alma con un brebaje que han dado en llamar horchata o bebida de vida eterna, pues cumple, a modo de comunión, un sacramento impenetrable. Recibir en los adentros el espíritu del lugar.



Fig. 5: Jardín del monasterio del Carmen Viejo, Cuenca (Ecuador). Fotografía de SFM.

Los rasgos distintivos del jardín conventual «son su planta cuadrangular, su cerramiento perimetral y el carácter utilitario de sus plantaciones. Tanto la reiteración exhaustiva de los elementos formales como la geometrización del trazado parecen obedecer menos a un sentido estético que a la búsqueda de una seguridad que emane del simbolismo religioso» (Santiago Beruete, Jardinosofía. Una historia filosófica de los jardines. Madrid, Turner, 2016: 69).

La yachac tiene en el jardín un manual práctico que le libra asociaciones y fórmulas místicas tanto por el color, el aroma, la forma o su conocimiento. El jardín de la mama sabia es su libro de la vida de constante lectura y cálculo, en incesante evolución, de ahí que deba consultarlo a cada paso como el médico su vademecum. Aun tan solo para inspirarse de su energía. Así, ella misma es jardín encarnado.

El jardín de una sabia indígena (yachac) tiene algo de aquellos huertos antiguos que no buscan tanto a sanar el cuerpo como a satisfacer el espíritu. Su presencia basta para amainar el peor diantre, el que no se nombra y acecha. En mi peregrinar por la sierra andina, hubo dos jardines de yachac que me revelaron aquella “gracia”, el de Mama Luz en Ilincho (Saraguro) y el de Mama Fabiola en Naunag (Caguanapamba). Ambos celaban una energía singular. La que se dirige al ánimo y lo reconforta. Con tan solo aproximarse, ambos serenaban. Ambos tenían un no sé qué de plenitud que bastaba para sentirse aliviados. Como el seno de una madre alivia el dolor del niño asustado.



Fig. 6: Naunag, jardín de mama Fabiola, yachac de Caguanapamba (Cañar, Ecuador). Fotografía de SFM.

Como sugiere Atawallpa Oviedo Freire, el daño proviene del temor que nos oprime y él no se cura con filtros ni pótimas. Necesitamos liberarnos de su amenaza. Necesitamos sabernos en paz – consigo mismo y con el entorno – para ganar el sosiego y saberse limpio.

«Hay elementos como hierbas que ni siquiera tiene que tomar la persona, porque no es el elemento químico activo de la planta lo que hace que lo cure porque orgánicamente la persona está bien; necesita la energía de la planta, el “ushai” de la planta; a eso le llaman la limpieza».
(Oviedo Freire, El retorno del Hombre Rojo, Quito, Abya Yala, 1997: 27)

III

Podría evocar aquí todos esos paisajes de tierras placenteras que han dado al mundo una mesa excepcional. Hablo de parajes tan sugestivos como los de la Gascoña, El Valle del Loira, la Borgoña, la Toscana, la Ribera navarra, las chacras de Saraguro y los ruedos de las sierras andaluzas, por nombrar tan solo una muestra de aquellos que me permitieron gozar una gastronomía arraigada y conocer a gulusmeros excepcionales.

«Esperan tierras/ brotan fuentes/ vientos anidan/ medita la gracia»
(Martin Heidegger).
Aus der Erfahrung des Denkens, (Desde la experiencia del pensar),
Abada editores.

La chacra es un espacio de cultivo que propicia el bienestar familiar, donde viven hermanadas diversas plantas, con tecnologías y calendarios propios de cada lugar. Los hermanamientos más frecuentes combinan el maíz con las habichuelas (porotos) y las calabazas (sambos y zapallos), aunque según la altitud pueden completarse con otras plantas.



Fig. 7: Chacra en Pinguil, Tungurahua, Ecuador (Fotografía Javier Andrada).

«Se siembran hileras de maíz con poroto y se intercalan algunas filas o kashiles de cebada, arveja, haba, antiguamente también quinua y kiwicha. Hay además plantas dispersas de achogchas, papas, ocas, mellocos, mashua, racacha, taso, jícamas, y se dejan prosperar plantas de ataco, bledo y paico; en los extremos se observan plantas de chocho (tawri). Por último, cuando las plantas de maíz han adquirido cierto desarrollo y pueden competir, se siembran sambos y zapallos que cumplen con dos objetivos: eliminar la presencia de plantas no deseadas y cubrir el suelo para evitar el efecto erosiónador de las lluvias. En los linderos y caminos antiguamente se formaban cercas de piedra sobre los cuales se sembraban pencas (chawar), tunas (chontaruro) y cactus en general. También se reforzaban con árboles frutales como capulí, lugma, tocte, cáñaro – en el que generalmente se enredaban granadillas. Además se hallaban algunas plantas de shulalag, pallares, mora y poleo. En la parte frontal de la casa se plantaban tomates de árbol, arbustos de babaco, chamburo, plantas de achiras y ají, así como plantas aromáticas o medicinales de cedrón, pata con panga, flor de cristo; a ellas se agregaron plantas exótica de manzanilla, toronjil, violeta, hierbabuena, naranja o limón. Eran también frecuentes las plantas de poder o de gran energía, como el wantuk y el sanpedro o aguacolla, que luego, con la llegada de los españoles, se enriquecieron con la ruda y la santa maría, utilizadas para protegerse de malos espíritus, de robos, pero también juegan un papel importante en los ritos y concepción de los mitos» (Hernán Loyola, en Pedro A. Cantero, coord. *Sara Llakta. El libro del maíz*, 2012: 132).

Descripción idílica propia de la profusión museística. Lo cierto es que tanto en las chacras de tierras de clima extremo como en las del subtrópico puede verse desde la asociación de tres a seis variedades a una profusión cercana a la que narra Hernán Loyola. No suele faltar la trilogía del maíz con la habichuela y los dos tipo de calabazas. Esa profusión y su ordenamiento son los que hablan de la fertilidad del paraje y de la mesa consecuente. Un ejemplo elocuente son las chacras familiares de la comunidad de Las Lagunas en Saraguro donde, amén de alimentos, alumbran por doquier flores que sirven a preparar horchatas similares al agua de pítimas y a construir ofrendas florales para la misa del domingo u otras grandes fiestas.

Mediante diversificación de los cultivos se dispone de alimento nutritivo, sano, y orgánico para la familia; los residuos para el alimento de los animales de cría y los excedentes se llevan a la feria de la ciudad de Loja, generando ingresos para los comuneros. La producción se procesa: el sambo en colada y mermelada y dulce, la cebada en machica, la quínoa en harina, el maíz en: chuchuga, machica, tostado, colada, en tortilla, tamales y sambates... (Segundo Abel Quizpe Cango, Pueblo Viejo, San Lucas, Loja).



Fig. 8: Chacras en Ñamarín, Loja, Ecuador (Fotografía Javier Andrada).

IV

Darwin llega a Floreana el 23 de setiembre de 1835 y lo primero que describe es su humanidad, cuántos, quiénes y cómo habitan la isla. Qué cultivan, la fertilidad de su tierra, las cabras y chanchos silvestres que la pueblan, el saludo de la brisa del sur, el refrigerante verdor y la situación de las tortugas desbastadas por la rapiña exterior. Todo parece interesarle, sin limitar su horizonte, pues todo forma parte de la vida.

*Las casas se levantan aquí y allá sobre un trozo de tierra llana cultivada de boniatos y batatas. No es fácil imaginarse lo grato que nos fue contemplar la negra tierra vegetal después de estar acostumbrados por tanto tiempo a no ver más que el árido suelo del Perú y norte de Chile. Los colonos se quejaban de su pobreza, pero obtenían sin gran trabajo lo necesario para su subsistencia. En los bosques hay muchos jabalíes y cabras; pero la alimentación animal está constituida en su mayor parte por carne de tortuga. En consecuencia, su número se ha reducido grandemente en esta isla; pero con todo eso los habitantes cogen en dos días bastantes tortugas para el consumo de toda la semana. Dícese que en otro tiempo había barcos que se llevaban hasta 700, y que algunos años atrás las embarcaciones que acompañaban a una fragata sacaron en un día a la playa 200. (Charles Darwin, *Diario de un naturalista alrededor del mundo*, 2003: 383-384).*



Fig. 9: Galápagos, Isla Floreana, asilo de la paz (foto Javier Andrada).

Convenimos con Merleau-Ponty, que la naturaleza no es una esencia “per se” indistinta de los seres que la habitan, indistinta del hombre, sino que los humanos la sentimos como efecto de nuestra corporeidad, de nuestra existencia en el mundo. Es a través de nuestro cuerpo que somos indivisos de la naturaleza. [...] Los sentidos intervienen en la percepción de los estímulos, mas estos surgen de la compleja unión entre cuerpo y entorno. Si el paisaje es una experiencia existencial del lugar, experiencia creadora de la que surge la verdad del lugar, todo paisaje encierra su potencia creadora (*poiesis*). Como manifestación de la tierra misma, el paisaje es una *geopoiesis*. (Andrada, Cantero, Ruiz Ballesteros, *Floreana. Isla Mundo en Galápagos*, 2015: 147-148).

V

Los ruedos de las sierra andaluzas son como ecosistema un logro excepcional. Creación humana en torno al aprovechamiento adecuado del agua, los ruedos representan una de las construcciones humanas más adaptadas al medio, por haber alcanzado un equilibrio ecológico en su triple dimensión: ambiental, social y mental. Verdaderos oasis entre lo densamente poblado y el ancho campo. Los ruedos fueron un oasis en todos los sentidos: nicho ecológico, lugar de “encuentro”, fuente de suministro, espacio cargado de simbolismo...



Fig. 10: Huerta en Castaño del Robledo, Huelva (fotografía de Javier Andrada).

Paseando entre lievas, albercas y albarradas retengo la siguiente reflexión de Darwin. *Es interesante contemplar un enmarañado ribazo, cubierto por muchas plantas de varias clases, con pájaros que cantan en los arbustos, con diferentes insectos que revolotean y con lombrices que reptan entre la tierra húmeda, y reflexionar que esas formas, primorosamente construidas, tan diferentes entre sí y que dependen mutuamente de modos tan complejos, han sido generadas por leyes que actúan a nuestro alrededor...* (Charles Darwin, *El origen de las especies* (1988: 631), Madrid, Austral).

Recuerdo la huerta de mi infancia rodeada por dos regaderas plantadas de arbustos en las que pululaban renacuajos, salamandras, tritones, arañas, libélulas, culebras... que hacían mi delicia. Los viejos troncos en descomposición con gran riqueza de gusanos y larvas, asombrosa a los ojos de un niño. Los pájaros aleteando en torno a los frutos maduros. La infinidad de lombrices que el arado dejaba al descubierto y que tanto apreciaban las aves. La miríada de abejas y mariposas durante la floración. El trajín incesante de escarabajos, hormigas y abejorros. El hervidero mismo de la vida que la huerta encarna.

El espacio nos piensa, en él sentimos, le sentimos, nos sentimos; contaba un viejo anarquista siciliano: «cuando salgo al campo siento el aliento de la tierra y en él distingo el de otros bichos. Sé cuando debo estar atento a lo que busco y cuando puedo abandonarme a la fragilidad de un trino» (Andrada, Cantero, Ruiz Ballesteros, *Floreana. Isla Mundo en Galápagos*, 2015: 128).



Fig. 11: Alberca de mi huerta del Alamillo, Galaroza, Huelva (fotografía Javier Andrada).

El júbilo de la huerta no tenía parangón, a la serenidad de la siembra, sucedía el encanto de la floración, la jovialidad del riego, la mansedumbre de las siestas y meriendas, ese quehacer común culminaba con el disfrute de la cosecha. Toda la familia encontraba en la huerta la ligazón gozosa que la casa del pueblo no siempre consentía. No hay huerta igual, todas difieren en función del emplazamiento y de la mano que les cuida.

Los ruedos forman un sistema complejo de gran interés biológico. Entendiendo como tal esa totalidad en la que los humanos cuentan como elemento crucial del entorno que forma y se transforma. Si no fuera por los intereses espurios que guían buena parte de la investigación en biotecnología, me extrañaría que en los albores del tercer milenio se haya perdido esta perspectiva holística de la vida y se centre esta disciplina puntera en una parcelación tan extrema de la ciencia que tienda a ignorar la interrelación de todos los organismos entre sí y que, como

consecuencia de ello, sufra tan gravemente nuestra agricultura, en vez de considerar el policultivo como un macro-organismo fructífero.



Fig 12: Ruedos en Galaroza, Huelva (fotografía Javier Andrada).

*Cuando no contemplemos ya un ser orgánico como un salvaje contempla a un barco, como algo completamente fuera de su comprensión: cuando miremos todas las producciones de la naturaleza como seres que han tenido una larga historia; cuando contemplemos todas las complicadas conformaciones e instintos como el resumen de muchas disposiciones útiles todas a su poseedor, del mismo modo que una invención mecánica es el resumen del trabajo, la experiencia, la razón y hasta de los errores de numerosos obreros; cuando contemplemos así cada ser orgánico ¡cuánto más interesante – hablo por experiencia – se hará el estudio de la Historia Natural! (Darwin, *El origen de las especies*, 1988: 628).*

Los ruedos son también, no lo olvidemos, espacio de sociabilidad privilegiada, pues cada huerta era una prolongación de la casa y el conjunto de huertas una vecindad, con lo que eso conlleva de reciprocidad, ayuda y disfrute mutuos. La huerta fue lugar de provecho, lugar de ensueño y lugar de asueto.

*Del monte en la ladera,
por mi mano plantado tengo un huerto,*

*que con la primavera
de bella flor cubierto
ya muestra en esperanza el fruto cierto.*
(Fray Luís de León, Oda I “Vida retirada”)



Fig. 13: Anglada Camarasa, La Higuera. Fotografía de Coral Soler.

Vuelta a los orígenes. Yo mismo. Evocación sin trampa. Esfera de obsidiana enterrada en la arena. Aquella vieja higuera cuyas brevas aún hoy me resultan fabulosas... Jamás otra sombra fue comparable a la que nos protegía del sol en nuestros juegos de niño en aquel huerto de tía Micaela mientras las mujeres lavaban y el agua fresca fluía haciéndonos sentir el privilegio inconfesable de un paraíso que por alguna falta grave perdimos para siempre. ¡Matria amada de mi infancia! Solo alcanzable en el canto. “Hortus nostalgicus”.

Válgame para reafirmarme en lo dicho esta égloga, cuando lejos de su tierra, el gran Jerjes añora la sombra amable de su huerto:

*Ombra mai fu
Di vegetabile,
Cara ed amabile,
Soave più*

Largo di Händel, Ombra mai fu: Aria da Xerxes HWV 40, por Andreas Scholl:
<https://www.youtube.com/watch?v=N7XH-58eB8c>